Dios, cuando le dice: "Sálvame, Señor; sólo de Tí puedo esperar algún auxilio; porque la rectitud y la santidad ya no existen sobre la tierra, y toda verdad ha sido alterada entre los hombres. Cada uno dice á su prójimo cosas vanas y falsas; sus labios son engañosos, y habla con un corazón doble y disimulado. Quiera el Señor hacer cesar estos desórdenes; acabe con todo labio engañoso y con toda lengua jactanciosa. Ellos han dicho: con nuestra lengua adquiriremos lustre y gloria, porque somos dueños de nuestros labios, y ¿quién nos manda para hacernos callar? ¡Ah! Tú nos salvarás, Señor, como lo has prometido; nos conservarás y nos defenderás de esta raza de gentes corrompidas, á cuyo furor estamos continuamente expuestos. Los impíos y los pecadores andan en derredor nuestro para sorprendernos; pero si así lo has permitido, según tu Altísima Sabiduría, harás también que los pobres y los justos sean algún dia honrados y exaltados en tu presencia." [1]

V

¿Será imposible, acaso, encontrar un buen amigo? ¿Será ilusión, que se desvanecerá con la experiencia, la idea de haberle encontrado? ¡Ah! "¡Cuánto cuesta alcanzar esta última convicción! Y sin embargo, tan sólo por grados se llega á adquirir: primero nos admiramos, después hay cosas

1 Salm. XI.

que el corazón recto y sencillo no sabe explicarse; frecuentemente se echa en cara sus propias sospechas, y, en presencia de la verdad que rechaza, querría dudar todavía. Hay una edad en la vida, en que las palabras son tomadas en el sentido que éstas expresan; en que las promesas son certidumbres, las protestas, infalibles seguridades; una edad en que todo se cree, porque uno mismo es bastante generoso para sentirse capaz de todo; edad de verdad y de candor, de simplicidad y de franqueza, de lealtad y de honor, que el mundo llama, sonriendo, la edad de los primeros ensayos y de la inexperiencia. Pero basta adelantar solamente algunos pasos en la vida, para reconocer cuán débiles, indiscretos, inconstantes, ligeros, y, sobre todo, egoístas, son los hombres." [1]

Y es necesario detener nuestro pensamiento en el análisis, por penoso que sea, de la amistad humana, para convencernos cada vez más de que la amistad de Jesús es propiamente la única que debemos buscar. El conocimiento que como Dios tiene de nuestras miserias, le hace desplegar en la Eucaristía los amables caracteres de una amistad infinitamente superior á la que puedan ofrecer los hombres; y si la más triste experiencia ha de demostrarnos algún dia, que no debe contarse con la amistad humana, conozcamos esta verdad antes que nos haga sufrir tan crueles dolores.

"*Los hombres son débiles.* Porque cualquiera que se apoya en ellos, se pone frecuentemente sobre una

1 Herbert. Imitación meditada, Lib. III, Cap. 45.

caña rota, que corta la mano en lugar de sostenerla.

"*Son indiscretos.* Creemos haber sepultado nuestro dolor en el seno de la amistad, volvemos aliviados, creyendo que el peso que nuestro solo corazón no podía soportar, lo ha participado aquel que mirábamos como si fuera nuestra misma persona; y hé aquí que á este hombre, cuya curiosidad hemos satisfecho, sin despertar su piedad, nada le urgía tanto como faltar á la confianza de que le hemos creído digno. Concedamos que en ésto su intención no sería pérfida; divulgando el motivo de nuestra pena, él no creía aumentar su amargura. ¡Oh! ¡Si hubiera sabido que íbamos á tomar la cosa tan vivamente, se habría guardado bien de dejar escapar la palabra que nos hiere, y además, él contaba con la prudencia de aquel á quien hizo esta nueva confidencia! ¡Vanas excusas, amarga decepción! respondemos. Pero ¡ah! si es cruel ser engañado, más cruel es todavía no saber quién no engaña.

"*Son inconstantes.* Su modo de juzgar hoy no será su manera de juzgar mañana. El sentimiento que los domina ahora, será un instante después reemplazado por un sentimiento enteramente opuesto. Por la mañana nos han protestado su invariable adhesión, y en la tarde nos desconocerán, si no es que se avergüenzan de los títulos que hacemos valer para obtener su apoyo. No podemos, pues, contar con nada, porque nada es más inconstante que su espíritu, ni más variable que su voluntad. . . . .

"*Son ligeros.* No los creamos tampoco afectados porque lo parecen; ni atentos á nuestras quejas, porque las escuchan sin interrumpirnos: aunque hubiesen mezclado algunas lágrimas á las que nos han visto derramar, ellas se enjugarán muy pronto, en cuanto hayamos desaparecido. . . . .

"*Son egoístas.* Esta palabra lo encierra todo: es la llave de todos los misterios que atormentan á los corazones sensibles. Este que parecía amarnos, no lo solicitaba, en realidad, sino por sí mismo, y la prueba es, que ha bastado la primera ocasión para cambiarlo, según su interés, en indiferente ó en enemigo. Aquel que nos estrechaba á disponer de su tiempo, de su crédito y de su fortuna, nos ha abandonado cuando ha sonado la hora de la necesidad, porque ha conocido que nuestro concurso no le sería de ninguna utilidad, en la ejecución de los proyectos que él meditaba."[1]

VI.

¿Pero hasta dónde nos llevan estas consideraciones? ¿Acaso podría dudarse que la amistad de Jesucristo nuestro Salvador es preferible á la falsa amistad humana? ¿Qué comparación puede caber entre el amor que Dios nos tiene, y las engañosas apariencias de una amistad, que ignora lo que es caridad y justicia? ¡Oh, si para todos fueran igualmente claras estas verdades! No habría entonces

1 Herbert, ya citado.

ilusiones que desvanecer, ni conceptos que rectificar, ni errores que combatir. Las amistades humanas cuya falsedad no se ha comprendido, no tan sólo son el principio de disgustos que, por fin, llegan á aleccionar el corazón, sino también el principio de ruinas frecuentemente irreparables. ¿Tratamos de fijar en la Divina Eucaristía el centro de nuestra amistad? Preciso es recorrer los grados que nos conducen al convencimiento.

Existen, suele decirse, amistades verdaderas, encanto de la vida, estímulo del bien, consuelo de la adversidad. Ciertamente es así. ¿Qué sería de nuestro corazón, si sus sentimientos no tuviesen eco en otro corazón? ¿Qué apoyo se tendría en las empresas, qué auxilio en los trabajos, sin la mano bienhechora de la amistad, que rica de fidelidad y virtud, sabe asociarse á todo lo que es noble y excelente? ¡Qué triste y silencioso sería el desierto de la vida! ¡Quién no bendecirá la Providencia de Dios, que hace existir á un mismo tiempo, y une por caminos misteriosos, los corazones que, si son felices, es porque son amigos! Y sin embargo, ¡qué penoso es tener que acusar aun á la amistad verdadera, siempre tan amable, no de falta de buena intención, sino de falta de poder!

"En efecto, ¿qué puede la decisión más absoluta en mil circunstancias dolorosas de la vida? ¿Qué puede particularmente en esos acontecimientos inesperados, y tan ordinarios en nuestros dias, en que son trastornadas en un instante las fortunas mejor establecidas? El amigo generoso, respondemos, pondrá sus bienes á disposición del amigo desgraciado; sí, eso se ha visto algunas veces; pero en cambio, ¡cuántas circunstancias hay en que la amistad más sincera no ha podido, sin embargo, formar sino votos inútiles y tristes sentimientos! ¿No es ésto una falta de poder? Estamos enfermos; largos y crueles dolores quebrantan nuestro cuerpo; el amigo está ahí inquieto, está sentado á nuestra cabecera; ¿pero su mano compasiva, esa mano que levanta nuestra cabeza agobiada por el mal, volverá la vida que se apaga? ¿contendrá el aliento que se escapa? ¿No es ésto una falta de poder? Otra desgracia no menos terrible nos ha herido: la muerte ha venido á colocarse entre nosotros y una madre llena de ternura; entre nosotros y un hermano que amábamos acaso más que á nuestra vida. Al primer rumor del golpe que hemos recibido, el fiel amigo se ha apresurado á consolarnos; ¿pero las lágrimas que mezcla con nuestro llanto, nos volverán el objeto que las hace derramar? ¿No es ésto una falta de poder?"[1]

VII

Hé aquí, pues, toda amistad humana, aun la verdadera, reducida á escombros. ¿Podía ser de otro modo, cuando los hombres, por mucho que nos amen y nos hagan bien, jamás pueden amarnos como el Salvador, ni jamás pueden darnos los bie-

1 Herbert, ya citado.

nes infinitos que encierra la Eucaristía? Quien se atreva á decir que la amistad humana es injustamente deprimida, ignora la amistad de Jesucristo en el Sacramento de su amor. Es natural que descienda á un grado infinitamente inferior, lo que se compara con lo que es infinitamente superior.

Y el corazón humano, para convencerse de esta verdad, tiene que desprenderse, un momento al menos, de todas sus afecciones, para ir á gustar sin inquietud, lejos del mundo, cerca del tabernáculo, la amistad inefable de Jesús. Si el corazón no entrara algunas veces en el silencio de sí mismo, nunca sería capaz de sentir esas profundas impresiones que produce el conocimiento de la verdad. Ningún corazón hay que no busque la soledad y el reposo, cuando un golpe de fortuna, ó un desliz involuntario, ó un deseo no cumplido, viene á sumergir al alma en amargas meditaciones sobre su imprevisión, sobre su fragilidad, sobre su desgracia. Esa es la ocasión oportuna de convencerse, apartando las miradas de todo lo que hay sobre la tierra, de que Jesucristo en la Eucaristía es el único verdadero amigo que puede hallar nuestro corazón.

Pensar que Dios, Rey del cielo y de la tierra, Sér infinito, Autor de todos los bienes, ha querido establecer su habitación en medio de nosotros, para estar personalmente al cuidado de nuestras necesidades, elevando para ésto al grado más alto el misterio, el milagro y el sacrificio; reflexionar en la voluntad omnipotente que nos manifiesta de dar-

nos todo, dándose á sí mismo; contemplar esa resignación admirable y verdaderamente divina, con que pasa los meses, los años y los siglos, sobre nuestros altares, esperando á las generaciones humanas, que, en su tránsito por la vida, vienen á buscar su protección y á pedirle la credencial con que han de presentarse en el cielo; profundizar ésto, es, sin duda, experimentar en el corazón, por más duro é insensible que sea, una oscilación violenta, extraordinaria, imposible de decir.....

VIII

En la Eucaristía, la fuerza, la discreción, la constancia, el vivo interés, la expansión del amor, el poder.....

Allí, Jesucristo es quien nos da la mano para que no lleguemos á caer. Él es quien sirve de apoyo á nuestras resoluciones, quien inspira firmeza á nuestros pasos en la senda del bien, quien comunica fuerza á esos movimientos decisivos del alma, que la elevan á la gracia de su vocación á cierto estado de vida, y la hacen permanecer en ella.

Allí, Jesucristo es quien recoge con amabilidad el suspiro de nuestro dolor, libertando nuestro corazón del peso que le oprimía, sin que podamos temer que el secreto que le hemos confiado salga de su amoroso pecho; pues que de él no sale sino el remedio de nuestra aflicción, ó la conformidad para sobrellevarla.

Allí, Jesucristo es el modelo de la constancia en amar, en dirigir, en perdonar. Sus pensamientos siempre son unos mismos. Tan constante en ir á buscarnos cuando le abandonamos, como en llenarnos de bendiciones cuando permanecemos con Él. De la mañana á la tarde un raudal de gracias y de dulzura brota de su corazón para inundar el nuestro....[1] Su ósculo de paz, en la primera comunión, imprime vigor en la carrera de nuestra vida; su ósculo de paz es prenda de perseverancia por la frecuente comunión; su ósculo de paz en la comunión última, rompe las ligaduras del alma que vuela para el cielo.....

Allí, Jesucristo es quien se distingue entre todos y sobre todos los amigos que nos rodean, por el interés con que mira lo que nos falta, y lo que exige remedio. ¿Dónde existen vínculos más estrechos que los que le unen á nosotros? Su amistad es la de un padre que nos conoce desde antes que existiéramos; es la de un Salvador que ha puesto su sangre para rescatarnos de nuestros enemigos; es la de un compañero que, si vive sobre la tierra, es para enjugar nuestras lágrimas.

Allí, Jesucristo es quien nos enseña á combatir el egoísmo; es decir, la depravada propensión de buscar el bien exclusivamente para cada uno de nosotros. Sí. Porque en la Eucaristía se hace todo para todos, y todo para cada uno.... ¿Amándonos, es acaso más feliz? Y sin embargo, lo que jamás se vió en amistad alguna, lo que, si Él mismo

1 Salm. LXIV, 9.

no lo asegurara no lo creeríamos, Él se nos da para hacerse una misma cosa con nosotros. ¡Ah! son los únicos amigos que en el exceso del amor se unen así: Jesucristo y nuestra alma. Todavía más: aunque no le recibamos en la Santa Comunión, es el único amigo que no se cansa de escucharnos, el único que á toda hora da audiencia, el único que inspira verdadera confianza.

Allí, finalmente, Jesucristo excede á toda amistad imaginable, por el poder que tiene para hacernos felices. Ese poder es infinito como su amor. Es imposible hallar la amistad del Salvador, y ser infeliz. La Eucaristía es, al mismo tiempo, Omnipotencia que quiere y Voluntad que todo lo puede: ¿dónde hallar mejor amistad?